



## Ideologías educativas

Javier Corvalán  
Doctor en Sociología, Universidad Católica de Lovaina, Bélgica.  
Investigador del CIDE  
Director del Magíster en Política Educativa, Universidad Alberto Hurtado

Al cumplirse los primeros tres meses del nuevo gobierno se anuncian dos medidas educativas, las primeras que surgen con sello nuevo, para intentar incrementar la calidad de la educación. La primera es de índole informativo y se trata del llamado *semáforo de la educación*, consistente en una cartilla que cada familia recibirá y que, de acuerdo a su lugar de residencia, le indicará mediante un color el nivel de puntaje Simce de los establecimientos cercanos. Para efectos de una mejor comprensión por parte de las familias, los colegios aparecerán con colores verde, amarillo o rojo, siendo los primeros los de más alto y los últimos, los de más bajo resultado Simce, todo en relación al promedio de puntaje nacional.

Una segunda medida anunciada es la creación de 50 liceos de excelencia en el país. Se maneja aquí, comunicacionalmente, la imagen del mítico Instituto Nacional y se propone llegar a medio centenar de instituciones similares, lo cual tendría un valor y un impacto evidente y por sí mismo, pero también un impacto en la dinámica global del sistema educativo.

La primera de las medidas (*semáforo de la educación*) en rigor no es algo muy distinto ni mucho menos contradictorio con parte de la política concertacionista de las dos décadas anteriores y más bien se le debe considerar una profundización de la misma. La segunda medida en cambio (liceos de excelencia) se acerca a un tipo de política educativa que marca una ruptura con parte importante del ideario central de políticas del período anterior, aún cuando tiene cierto parecido con lo que fue el Proyecto Montegrando. Con todo, ambas medidas son una clara expresión de una ideología educativa común que, como toda ideología, parte de un conjunto de supuestos sobre motivaciones y efectos agregados de las conductas de los individuos y también sobre un cierto horizonte normativo o idea de lo deseable y justo en educación.

¿En qué consiste esta ideología educativa? En realidad y para ser más precisos se trata de la adaptación al ámbito educativo de una ideología social más amplia y con peso en la historia de la filosofía social, nos referimos al liberalismo individualista en su versión más próxima al ordenamiento económico, es decir, un individualismo competitivo. En términos más específicos, esta filosofía y su concreción en ideología educacional refiere a una fuerte confianza en los efectos de la acción y presión de los individuos defendiendo sus intereses personales y transformando tal presión en una acción de tipo competitiva. En palabras simples, la clave para el progreso social y en este caso para el progreso educativo sería la competencia entre los individuos por el logro de mejores posiciones, dado que, el escenario más evidente de la vida social y educativa es algo que simula, o que directamente es, un mercado. Planteado y sobre todo asumido así, este tipo de política es sin duda el triunfo de una ideología educacional, es decir, de una mirada particular (y por cierto muy legítima) de entender el rol, el desarrollo y los efectos de la educación en la sociedad.

A esta ideología se le suele oponer otra ideología educacional de tipo republicana y que apela solo en parte a la acción individual y competitiva como motor del sistema educacional y que, en contrapartida, asume la importancia de procesos colectivo e institucionales (principalmente el protagonismo de la acción estatal) para definir el horizonte normativo de la educación y para encauzar, regular y normar al sistema educacional. Como ideología, esta última también parte de

supuestos no necesariamente demostrables, respecto de los beneficios de una organización del sistema educacional basada en sus principios.

Más específicamente, la visión ideológica que las dos primeras medidas educativas del nuevo gobierno nos entregan sobre el sistema educativo y su dinámica ideal puede ser entendidas como parte de una ideología individualista competitiva puesto que para ella: i) la educación es un fenómeno individual e intrínsecamente competitivo. Como tal, los actores educativos buscan la eficiencia mediante su acción racional en el sistema educativo, es decir, quieren el máximo de beneficios por el menor costo. El beneficio buscado por las familias es el máximo de conocimiento para los alumnos frente a lo cual los padres estarían incluso dispuestos a cambiar a sus hijos de colegio y a no necesariamente asistir al colegio más cercano a su domicilio.

Por lo mismo, esta ideología sostiene que la fidelización de los individuos a los establecimientos educacionales es y debe ser limitada y debe estar condicionada por una evaluación constante de la cantidad de aprendizaje que tal establecimiento instala en los alumnos. En consecuencia se debe desarrollar una cultura de cliente educativo; ii) los actores educativos y particularmente las familias son racionales, es decir, pueden discernir la oferta educacional que más les conviene y en general, esta racionalidad dice relación con lo mencionado anteriormente, es decir, con la búsqueda permanente de un mejor desempeño escolar para sus hijos iii) a partir de la acción individual competitiva, se puede producir un beneficio colectivo. Esto quiere decir que si todos los individuos hacen lo anterior, las buenas escuelas permanecerán e incluso se multiplicarán y las malas se verán enfrentadas a mejorar o desaparecer.

Esto es precisamente lo que se presupone y en lo que está a la base del semáforo de la educación como de los liceos de excelencia, puesto que se supone, que cada familia buscará abandonar la mala escuela si es que se encuentra en ella y tratará de ingresar a la escuela de buena calidad y en el camino tratará de hacerse meritoria para entrar en ella (lograr buenas notas en su hijo, por ejemplo). En el caso de los liceos de excelencia se presupone que todos, familias y alumnos, van a querer estar en ellos. Por último, el beneficio colectivo supuesto y asociado a estos procesos es claro en el caso del semáforo de la educación: presión para mejorar en las escuelas de bajo rendimiento frente a la amenaza de desaparecer por falta de matrícula e incentivo eventual de las escuelas de alto rendimiento para aumentar su matrícula. En el caso de los liceos de excelencia el beneficio colectivo que se supone va a producir la medida es menos nítido ya que es muy menor en términos cuantitativos (la cobertura de estos establecimientos será menos del 5% de la matrícula de enseñanza media) por lo que pareciera ser que tal beneficio estaría, precisamente, en la competencia que desata en los alumnos de enseñanza básica por formar parte de ese 5% y en el efecto demostración o *irradiación* de estos establecimientos sobre el resto que no es “de excelencia”.

Todo lo anterior es ideología, en el (buen) sentido de la palabra, porque implica una serie de supuestos sobre las motivaciones, razonamientos y conductas humanas que, como supuestos, no son necesariamente demostrables a priori y también porque supone un cierto panorama deseable de la educación (horizonte normativo) compartido por todos los individuos.

Es aquí donde un ciudadano moderno y deliberante, necesario en una sociedad democrática, debe decidir si está o no de acuerdo, tanto con los supuestos respecto a las conductas como a las eventuales consecuencias de un ordenamiento educativo basado en las mismas. Claro está, solo podemos confrontar esta ideología educativa mediante otra ideología educativa, con otros supuestos que tampoco son fácilmente demostrables.

La ideología individualista competitiva en educación prevé o supone varias cosas que pueden ser discutibles o incluso poco deseables desde la otra ideología. Por ejemplo, se supone primero, un mundo en el cual cada uno está echado a su suerte, una especie de jungla en la que cada uno debe luchar contra los otros por su propio beneficio. Ningún o poco espacio entonces para cualquier tipo de colectivismo ni menos solidaridades. Una suerte de darwinismo educacional en el cual deben sobrevivir y destacar los más fuertes los que serán señalados con puntos verdes o con

cupos en liceos de excelencia. Varias preguntas surgen aquí, claro, desde la otra ideología. ¿Por qué existen los más fuertes o destacados? Talento y esfuerzo principalmente, se responde desde el individualismo competitivo. Sí, responderán desde la vereda del frente, pero ¿eso no es eso también en algo un condicionamiento social producto del medio? y en caso que no lo sea (y que sea por lo tanto un don innato), no pasaría entonces ese talento y esfuerzo a ser algo no meritorio y por lo tanto no recompensable ex profeso en una sociedad democrática.

Las escuelas con puntos verdes y los liceos de excelencia son entonces vistas desde esta ideología individualista competitiva como un receptáculo de los individuos esforzados y meritorios y se trata de destacarlos y recompensarlos para que desarrollen al máximo su talento y que sirvan de ejemplo a los demás. ¿Por qué entonces los demás no hacen y no logran lo mismo? Desde la otra ideología se dice que se trata de una reproducción permanente de déficits sociales y culturales, que la desesperanza y las dinámicas de malos resultados, son aprendidas y se instalan como un estigma del que es difícil salir. Por lo mismo, se dice, en estas escuelas e individuos de bajo rendimiento se ha instalado una permanente falta de capacidades y si esto es así y si se quiere superar esta situación la receta no podría ser otra que el apoyo con el fin de compensar todo lo anterior y como todo apoyo que quiere ser eficaz, debe ser un esfuerzo que va principalmente desde los que tienen más recursos hacia los que tienen menos. Contra sensus, desde la ideología individualista competitiva en educación se afirma que las capacidades esenciales y básicas por lo general están presentes en todos los seres humanos y en todas las situaciones y que deben ser desatadas mediante la motivación, la competencia y los incentivos.

Otro aspecto de diferencia entre ambas ideologías es el de los sentidos o propósitos de la educación. Para el individualismo competitivo la educación tiene un sentido único consistente en el desarrollo del capital humano y desde los individuos, en la mayor adquisición posible de conocimientos que permita la mejor inserción posible en el mercado laboral. Desde la ideología alternativa a este individualismo competitivo no hay un sentido único en la acción educativa sino que los individuos buscan en ella sentidos múltiples. Esto hace por ejemplo que se parta de la base que para algunas familias la idea liberal competitiva sea la que guíe su conducta en el sistema educativo y por ello buscarán a todo precio la mayor incorporación de conocimiento que posibilite para sus hijos la mejor inserción laboral. Sin embargo, desde esta ideología alternativa al individualismo competitivo se postula como una opción válida (y no como un error o falta de racionalidad) y explicable por el entorno social, que otras familias guíen su conducta en torno a la satisfacción de sus hijos en el medio escolar, a la seguridad o a aspectos netamente valóricos. Desde esta última perspectiva lo deseable, valorable e incluso premiable en educación no son solo las escuelas con puntajes superiores al Simce o los liceos y alumnos de excelencia, sino también los esfuerzos y logros de acuerdo a las posibilidades que se tienen.

En esta confrontación ideológica es interesante observar el papel que se le asigna al Simce. Como tal, no es sino un instrumento de medición que la ideología individualista competitiva lo utiliza y desarrolla para su propósito. Es eso lo que vemos en las dos medidas en cuestión y sobre todo en la primera y es eso también lo que veremos profundizarse en los próximos años. El puntaje Simce mirado y comunicado exclusivamente desde esa óptica se ofrece como un sentido único y evidente de la educación, tratando de guiar las opciones de las familias y oscureciendo otras dimensiones de tales opciones y del sentido educacional. El Simce dejará de ser entendido (si es que alguna vez lo fue) como una medición parcial y se ofrecerá como una medición del todo, buscando con ello incrementar los procesos de competencia entre individuos. ¿Qué sistema educativo y qué sentidos y beneficios colectivos tendremos después de estos cuatro años?; ¿existirá una ideología alternativa lo suficientemente fuerte para criticar tales procesos y resultados y para proponer opciones que no se sustenten solo en la competencia entre los seres humanos?

Para citar texto:

CORVALÁN, Javier. *En: Cuaderno de Educación N° 24*, Facultad de Educación, Universidad Alberto Hurtado. Junio de 2010